

AÑO I. SEVILLA 31 DE JULIO DE 1899 NÚM. 7.

BOLETÍN
DE LA
Real Academia Sevillana
DE BUENAS LETRAS

SUMARIO: Discurso leído ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras por el *Sr. D. Javier Lasso de la Vega y Cortezo*, en la recepción del dia 25 de noviembre de 1883. *(Continuación.)*—Necrología del Sr. D. Carlos Jiménez-Placer y Echevarría, por *D. Luis Montoto y Rautenstrauch*.—Prólogo á una carta dirigida en 1665 á Mr. D. L. M., describiendo las fiestas de toros, por *D. Manuel Chaves*.—Los anticuarios en Roma y Sevilla, por *D. Enrique de Leguina*.

EDITOR

D. MANUEL AZNAR Y GÓMEZ

SEVILLA
Imp. del BOLETÍN DE LA REAL A. SEVILLANA DE BUENAS LETRAS
1899

OBRAS DE FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN

(El Bachiller Francisco de Osuna)

Suspiros: poesías líricas. 1875. Un tomo.
Auroras y nubes: nuevas poesías. 1878. Un tomo.
Entre dos luces: artículos joco-serios y poesías agri-dúlces (2.ª edición). 1879. Un tomo.
Basta de abusos: el pósito del Dr. Navarro, su fundación y su estado actual. 1880. Folleto.
Cinco cuentezuelos populares andaluces. 1880. Folleto.
El gobernador de Sevilla y "El Alabardero," proceso de un funcionario público. (En colaboración con D. Mariano Casos). 1881. Un tomo.
Tanto tienes, tanto vales: comedia en un acto y en verso (2.ª edición). 1882.
Juan del Pueblo: historia amorosa popular. 1882. Folleto.
Historias vulgares: narraciones en prosa. 1882. Un tomo.
Cantos populares españoles: 1882-83. Cinco tomos.
Cien refranes andaluces de meteorología, cronología, agricultura y economía rural: 1883. Folleto. (2.ª edición, anotada. 1894).
Quinientas comparaciones populares andaluzas. 1884. Folleto.
El Cantar de los Cantares, de Salomón, traducido directa y casi literalmente del hebreo en verso castellano. 1885. Folleto.
De académica cœcitate: reparos al nuevo *Diccionario* de la Academia Española (2.ª edición). 1887. Folleto.
Apuntes y documentos para la historia de Osuna (1.ª serie). 1889. Un tomo.
Ilusiones y recuerdos: poesías. (En colaboracion con D. José M.ª López y López). 1891. Un tomo.
Nueva premática del Tiempo: fruslería literaria. 1891. Folleto. (2.ª edición, 1895).
Flores y frutos: poesías. 1891. Un tomo.
Sonetos y sonetillos: 1893. Un tomo.
De rebusco: sonetos. 1894. Un tomo.
Ciento y un sonetos, precedidos de una carta autógrafa de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. 1895. Un tomo.
Discurso de recepción leído ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. (Trata de los Refranes en general, y en particular de los españoles). 1895.
Madrigales. 1896. Folleto.
Los refranes del Almanaque: explicados y concordados con los de varios países románicos. 1896. Un tomo.
Flores de poetas ilustres de España, colegidas por Pedro Espinosa (1605) y don Juan Antonio Calderón (1611), anotadas: terminación del trabajo comenzado por el Dr. D. Juan Quirós de los Ríos. 1896. Dos tomos.
Una poesía de Pedro Espinosa, con introducción y notas. 1896. Folleto.
Comentarios en verso, escritos en 1595 para un libro que se había de publicar en 1896.—1897. Folleto.
Discurso leído ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, contestando al de recepción del Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros. 1897
Fruslerías anecdóticas. 1898. Un tomo.

BOLETÍN
DE LA
Real Academia Sevillana de Buenas Letras

Año I	Lunes 31 de Julio de 1899	Núm. 7

DISCURSO

LEIDO ANTE LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS POR EL SEÑOR D. JAVIER LASSO DE LA VEGA Y CORTEZO, EN LA RECEPCIÓN DEL DIA 25 DE NOVIEMBRE DE 1883.

(Continuación)

¿Qué es la inspiración? Es la concepción de una idea que asombra por la grandeza de sus resultados y que surge en ausencia de toda meditación y todo esfuerzo; mas como no se comprende combinación sin elementos, ni efecto sin causa, debemos admitir que esta concepción es hija de un esfuerzo más ó menos imperceptible, más ó menos inconsciente, pero siempre necesario, y, por tanto, la ausencia de todo esfuerzo en la inspiración será aparente, pero no real. Hay una energía, una atracción, una fuerza que produce la idea: será tan inconsciente, tan involuntaria como la contracción del íris ó la nutrición de la retina; mas esto sólo demostrará que hay en el espíritu impulsos y actos espontáneos. Y en efecto, así como los elementos nutritivos y constituyentes de nuestra economía se descomponen, se absorben y modifican y combinan, impulsados por innúmeras acciones y reacciones, sin punto de reposo ni momento de inercia, del mismo modo las representaciones

adquiridas son arrastradas en perpétuo movimiento, perdiendo su unidad, reuniéndose en nuevas síntesis y modificándose incesantemente; he aquí por qué, cuando reaparecen ante la conciencia, vuelven alteradas y variadas. Si siempre asistiéramos al trabajo de combinación que se opera entre los recuerdos, nunca seríamos juguete de ciertas ilusiones y alucinaciones. Y es que la serie de nuestros pensamientos no es producida por nosotros: es la vida misma del espíritu, dice un ilustre escritor; es una corriente que comienza sin que lo sepamos; sube á veces á la superficie, admirándonos con sus combinaciones, y se pierde de nuevo en el torbellino de la vida, sin que basten á detenerla los mandatos de la voluntad ni los desfallecimientos de la reflexión.

La imaginación asocia y disocia los elementos conservados en la memoria, y forma combinaciones ó imágenes que presenta á la conciencia, mas no le permite inspeccionar el delicado y exquisito trabajo con que las elabora.

El pintor que imagina un paisaje, ve combinados ya en sus representaciones los elementos que han de constituirlo; más ó menos bello, surge formado, según la frase consagrada, de una sola pieza; mas como la imagen que se representa no es la de un recuerdo que conserva íntegro en la memoria, sino una creación caprichosa de la fantasía, claro es que ésta ha debido reunir uno á uno sus elementos, y, sin embargo, por mucha atención que el artista preste, siempre pasa desapercibido para él, no sólo este trabajo de composición, sino el de descomposición que le precede, y en cuya virtud los recuerdos de las imágenes reales ceden sus propiedades y atributos para que sirvan de materiales á la imagen ideal. La fantasía se apodera de ellos, los combina, y cuando, por su cohesión con otras asociaciones, surgen ante la conciencia formando imágenes ó ideas tan llenas de originalidad y grandeza que constituyen una verdadera creación, el hombre de genio se admira, porque conoce el resultado, mas no los procedimientos para engendrarlo: en su obra hay algo que no puede explicar por sus conocimientos adquiridos; conceptos que le aturden y que ha producido sin conocerlos ni sospecharlos: aquella creación no es suya; es obra de un pensamiento inconsciente: le es tan ajena como la circu-

lación de su sangre; se realiza en él, mas no es él quien la realiza.

No es, pues, extraño que se crea objeto de una revelación celeste; que extasiado examine su creación, la contemple con arrobamiento y acabe por rendirle su tributo de admiración, aplaudiéndola sin inmodestia, con la sinceridad con que se aplaude lo que no es obra propia. Prometeo, encadenado, recogió de las manos de Esquilo el primer aplauso que alcanzó su rebelde y sublime audacia; la concepción primera del Juicio final conmovió antes que otro alguno el corazón de Miguel Ángel; Mozart se sorprendía á sí mismo embelesado por aquellas armonías que engendró, según sus frases, sin tomar parte en su producción; Fra Angélico atribuyó á intervención celeste la belleza de sus místicas creaciones; Montañés, confundido y extasiado, dudó si era obra suya la imagen de Jesús; Newton, al ver que se comprobaba su hipótesis, se sintió de tal modo embargado por la emoción, que no pudo terminar su cálculo; y el primer dramaturgo de la tierra debió extremecerse de admiración y espanto, si vió aparecer súbitamente en sus ensueños de poeta la trágica visión del rey Lear, errante por los campos en siniestra noche, extraviado por la oscuridad, herido por la maleza, aterido por el frío, azotado por el huracán, ensordecido por el trueno, amenazado por el rayo, agobiado por la edad, perdido su reino, abandonado por las hijas á quienes dió su trono, expuesta á las inclemencias de la lluvia la cabellera de nieve que el vendabal desordena, aniquilada la razón por la abrumadora idea fija de la ingratitud filial y levantando á la luz de los relámpagos las crispadas manos para decir, con inaudita elocuencia, á los elementos desencadenados: «heridme, que no seríais ingratos por eso; vosotros no sóis mis hijos: yo no os he dado la vida; ni fuísteis los objetos de mi amor, ni os regalé mi reino y mis tesoros, ni os arrullé jamás en mi regazo.»

Mas esta primera concepción, con ser tan grande, no basta aún para lograr el resultado apetecido. Esa espontaneidad instintiva, ese automatismo inconsciente, esa intuición sublime del espíritu ha dicho á Newton, presenciando la caída de la manzana, que existe una fuerza en cuya virtud, como canta un poeta, el Universo cuelga y nada cae; ha revelado á Galileo, ex-

tasiado en la catedral de Pisa ante las oscilaciones de una lámpara, las leyes del movimiento de la tierra; ha enseñado á Guttenberg, que miraba las huellas de la corteza en el pergamino, el modo más veloz de difundirse el pensamiento; ha inspirado á Darwin, mientras estudiaba la obra de Malthus, su atrevida hipótesis del orígen de las especies; ha revelado á Colón que allende el Océano, sobre minas de oro, entre blancas espumas y rojos corales, florecen vergeles encantadores como paraisos; ha puesto ante el mayor coloso de nuestra patria aquel supremo contraste entre el hidalgo enamorado, poeta, soñador, á cuyos ojos todo se perfecciona y engrandece, desde la bacía que se trueca en yelmo y el molino que se trasforma en gigante, hasta la asturiana que se convierte en princesa, y el escudero villano, malicioso, amigo de lo real, que llama molinos á los molinos y Maritornes á la asturiana, pero que acaba por ver la sangre del moro en el rojizo mosto y las cabrillas desde Clavileño, porque el plebeyo sentido común, con todo su espíritu práctico, corre siempre embaucado tras las quiméricas pero sublimes locuras del idealista; mas estos pasmosos genios, aun alcanzando estas gigantescas creaciones, estas intuiciones portentosas, no han hecho más que soñar ficciones que la realidad puede desmentir, conatos de hipótesis que acaso la reflexión desvanezca, y gérmenes de grandes obras que pueden marchitarse antes de nacer. Aquella revelación extraordinaria que parece bajada del cielo, que no les ha costado sacrificios, que como toda concepción da gratas sorpresas, fruiciones infinitas y deliciosos extremecimientos, exige para no ser estéril que el fecundo germen arraigue en el pensador ó el artista, le imponga sacrificios, viva su vida, se agite en su seno, conmueva sus entrañas y le cueste una gestación larga y penosa, para que un dia sea dado á luz sonriente y vivo, entre las convulsiones del alumbramiento y los relámpagos de la inspiración.

Antes de proseguir, conviene hacer una observación indispensable.

No siempre reviste la idea primordial de la obra este carácter de espontaneidad, de impremeditación y rapidez. Salvas gloriosas excepciones, la creación es voluntaria, porque el hombre no carece enteramente de acción sobre este mundo in-

terior; pero creación no voluntariamente producida, sino voluntariamente provocada. ¿Podemos hacer que aparezca una flor sobre el pavimento? Inmediata y directamente, nó; mas si enterramos el germen y le proporcionamos humedad, calor, luz, etc., la flor aparecerá. El florecimiento de una planta se logra, pues, mediante cierto determinismo, mediante la acción de ciertas condiciones. En el mismo caso se halla el genio: ya para alcanzar la idea madre, ya para desarrollarla, prepara voluntariamente el conjunto de condiciones, el determinismo necesario para que surja la inspiración.

Las exigencias á que ha de responder la obra, el objeto de la máquina, el destino del cuadro, la inducción atrevida que los conocimientos contemporáneos condenan por inaudita y que la lógica rechaza por temeraria, se retienen fijamente en la conciencia; el germen es, pues, en este caso, una idea sin fundamento probado, un concepto vago y mal definido, especie de balbuciente invocación que resuena en las sombrías ó acaso más luminosas regiones de la inconsciencia, y á cuyos ecos, y merced á las asociaciones naturales de esa idea con otras adquiridas, la fantasía se reanima, pónese en movimiento, y despiértanse y acuden ideas y recuerdos similares que, custodiados por la memoria, viven encadenados entre sí en los hondos abismos del espíritu.

Estos recuerdos se disocian y descomponen en sus elementos, cédense mútuamente atributos y colores, líneas y contornos, se desagregan y modifican y aparecen ante la conciencia formando combinaciones que corresponden, más ó menos armoniosamente, con la idea madre ó el propósito inicial; pero su modo de constituirse nos es desconocido. Nosotros no combinamos, provocamos la combinación, y los elementos se agrupan como las moléculas de la solucióu madre en torno del cristal, ó, según dice Ravaisson, como las piedras de la fábula en murallas y torres. Provocar asociaciones y esperar sus efectos: tal es la primera parte de la tarea; después, cuando las imágenes empiezan á presentarse, el juicio retiene unas, elimina otras, y va estrechando así el campo de su aparición; pero es tan pasivo el papel de la voluntad y de la conciencia y el juicio que, aun en esta concepción, todo lo más intencionada po-

sible, puede surgir una combinación que nos seduzca por su belleza ó su grandeza, pero que nos aleje mucho del propósito formado, y, sin embargo, entonces abandonamos el primero por el segundo; puede suceder que ninguna combinación nos satisfaga, y entonces quedamos reducidos á esperar otras nuevas, y aun puede ocurrir que estas otras nuevas no aparezcan, y entonces la obra no se realizará.

Y se comprende muy bien que así, cuando se desea alcanzar por la meditación un proyecto original y desconocido, como cuando se obtiene una idea cuyo alcance sobrepuja á nuestra propia inteligencia y á la experiencia adquirida, no puede la voluntad aplicarse á ella directamente, puesto que no la conocemos ni concebimos, y á toda volición consciente debe preceder una concepción del resultado.

El hombre de genio prepara, pues, el conjunto de condiciones que puede determinar la inspiración. Ya acude á saborear las obras de los grandes maestros, ya á contemplar los espectáculos de la Naturaleza, ya ingiere bebidas excitantes ó recurre á extravagancias inauditas; y esperando que al influjo de estos estímulos surja radiante la inspiración, busca el reposo, se rodea del silencio, se sume en la soledad, entra en meditación, y absorto en la contemplación de su idea, dominado por ella, fija la pupila é insensible al exterior, como si sus ojos miraran al espíritu y no al mundo, cerrados los sentidos á toda impresión perturbadora, perdida, por decirlo así, la noción de tiempo, pálida la mejilla, hundida la sien, agitado y convulso, víctima de angustiosas ansiedades y febriles extremecimientos, y mientras el cuerpo espera como olvidado aquel dramático desenlace, ve pasar ante su mente caótica confusión de líneas, contornos, colores, sonidos, imágenes, armonías, fantasmas, ruinas y mónstruos, halagüeños ó lúgubres, horribles ó bellos, entre los cuales está la idea, la idea deseada, que huye, ó se esconde, ó se disfraza, sorda á la invocación y á la súplica, arrastrada en vertiginoso torbellino de increadas maravillas que apena no retener, que aumentan en número prodigioso, capaces de colmar todos los ideales, de realizar todos los sueños, de superar todas las grandezas y extinguir todos los dolores, y cuando una palmada en la frente indica que ya el

cuerpo vuelve á la vida, y aparece en los ojos una lágrima, como crisis de aquella fiebre, ó dolor del alumbramiento, ó madre de la inspiración, es que ya Stradella ha encontrado la plegaria que enternece todos los pechos y arranca todos los perdones, y Murillo ha visto la más pura de las castidades, y Milton ha penetrado en el Paraiso, y Kant ha sondado el espíritu, y Shakespeare el corazón humano, y Newton el sistema del mundo, y todos deploran la pérdida eterna de inefables grandezas fugitivas que ni ellos mismos volverán á soñar.

Mas antes de conseguir el anhelado triunfo, y como preliminar indispensable de su consecución, es necesario enamorarse, por decirlo así, de aquel ideal, hacer de él la constante señora del pensamiento y tenerlo presente en la vigilia y el sueño, como el loco dominado por la idea fija y víctima de la alucinación. La idea fija del genio, su delirio, es su ideal, que no lo abandona y que relaciona con sus impresiones y recuerdos todos; especie de llave que, á fuerza de probarse en todas las cerraduras, abre al fin las puertas del anhelado tesoro, y el genio la prueba una y otra vez sin desalentarse jamás; su tenacidad es inquebrantable. Leonardo de Vinci invirtió años en pintar su *Cena*, deseoso de que fuese realización exacta de su idea: Miguel Angel, encargado de trazar la tumba de Julio II, meditó muchos meses antes de ejecutar un solo contorno de su obra: diez y ocho años de perseverancia costó á Colón el logro de sus deseos: doce á Leibnitz su teoría de la sustancia activa: Goethe dejó pasar casi toda su vida entre el día en que concibió á *Fausto* y aquel en que lo dió á luz: Newton tardó catorce años en comprobar su hipótesis, y el insigne naturalista que duerme junto á él eterno sueño, publicó el primer bosquejo de su teoría después de veintiún años de profundas meditaciones.

No es, pues, extraño, que Virey atribuya las altas concepciones de Lagrange á esta perseverante contemplación; que Buffón defina el genio «una gran paciencia,» y Blair «una extrema atención interior,» y que Newton explique su inmortal descubrimiento diciendo que estuvo «pensando siempre en él».

Todas estas definiciones son verdaderas: en ellas figura como elemento principal esa persistencia de la meditación,

esa convergencia de todas las energías mentales en torno de una idea, de un foco único, sobre el que actúan con vigorosa energía, apoyándose y robusteciéndose mútuamente y dando al pensamiento toda la potencia de que es susceptible.

Así se produce esa preocupación del ánimo que persiste mientras no se confirma la hipótesis ó se realiza la obra de arte. El hombre de genio se absorve en su idea: todas sus facultades se ponen al servicio de esta tirana que esclaviza la voluntad, supedita la atención y monopoliza el sentimiento: es uua especie de enajenado que suele olvidar su propio aseo, que incurre en distracciones inverosímiles, que no oye, que habla solo, palmotea su frente, enflaquece sin cesar, y lleva el extravío en la mirada, un delirio en la mente y amor á un imposible en el corazón. En este estado atraviesa Stuart Mill las calles de Londres, sin conciencia de lo que hace: Goethe habla de la teoría descensional cuando le preguntan por los sucesos políticos: Viete pasa tres días con sus noches sin tomar alimento: Arquímedes no se apercibe de que ha sido tomada Siracusa: Newton, quizás solo en el mundo, se olvida de amar, y entre tanto la idea, apoyada por el sentimiento, crece en la fantasía del artista ó del pensador, adquiere formas más perceptibles, se asimila todos los elementos que pueden nutrirla, toma proporciones gigantescas, cobra sin cesar más vida, hasta que tiene ya tanta, que puede existir con independencia: entonces sale seductora y deslumbrante de la frente del genio, se encarna en un cuerpo de palabras, de colores, de sonidos ó de piedra, y vuela al templo de la inmortalidad á presenciar desde allí cómo desfila á sus pies la corriente de los siglos.

Continuará.

NECROLOGÍA

Del señor don Carlos Jiménez-Placer y Echevarría escrita y publicada en cumplimiento de acuerdo de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, por el socio preeminente y secretario 1.º de esta Corporación don Luís Montoto y Rautenstrauch.

I

Muchas veces, señores Académicos, cogí la pluma con el propósito de escribir esta necrología, y la abandoné otras tantas sin atreverme á deslizarla por el papel. Una y otra vez y siempre que intentaba principiar este relato—¿por qué no decirlo?—se me acongojaba el corazón, subían las lágrimas á mis ojos y se nublaba mi pobre inteligencia. No hubiera yo trabado amistad perdurable con aquel nuestro compañero amadísimo; no hubiéramos compartido gozos y penas, no separados nunca el uno del otro por las barreras que levantan las miserias humanas aun entre los hombres que comulgan en las mismas ideas y juntos de la mano van por el camino de la vida, y acaso al primer intento mi pluma hubiese corrido fácil, y en vez de este insubstancial escrito podría ofreceros hoy otro más bien pensado, revestido de galas retóricas y con los literarios afeites que han menester los discursos académicos.

Dícese por todos que lo que bien se siente bien se expresa. Pero ó esto que se dice no es verdad, ó yo soy la excepción de la regla; porque cuando el dolor me hiere, ni acierto á coordinar mis pensamientos, ni puedo balbucear palabras. Bajo el peso abrumador del hecho doloroso, los labios sólo se abren para lanzar ayes y suspiros desgarradores. Después, cuando por permisión divina el tiempo ejerce su oficio, que es sembrar en las almas la semilla que produce el consuelo, surge la ocasión apropiada, el instante en que la inteligencia recobra su señorío, y el hombre mide con cabal medida la realidad de la catástrofe: só-

lo entonces es cuando apreciamos y avaloramos lo que perdimos; sólo entonces es cuando recogemos lo que se salvó del naufragio.

De mí sé deciros que ante el fiero despojo de la muerte, que me arrebató prenda muy querida, fué tanta la fuerza de mi dolor, que ni supe lo que perdí, ni lo que me dejaba, al abandonar para siempre este mundo, aquel hombre sin tacha, á quien mis labios, indignos de pronunciar su nombre, llamaron «¡padre de mi corazón!» Luego, al correr del tiempo, aquella figura nobilísima fué agigantándose á mis ojos, y al par fuí yo sintiendo el horror al vacío, porque él lo llenaba todo para mí. Cosa parecida me sucedió con nuestro inolvidable compañero. Veíale decaer por momentos; parecíame como escuchar los apagados pasos de la muerte, que á todo correr adelantaba para apresarlo, y, no obstante, el golpe que segó su vida me aturdió con el estrépito de la catástrofe. Van pasando los días; el tiempo comienza á ejercer su piadoso oficio, y hoy me aventuro á consagrar á la memoria del señor don Cárlos Jiménez-Placer estas líneas, en las que no encontraréis otra cosa que dejos de la amistad que con él me unió y huellas de las lágrimas que arrancó á mis ojos su eterna despedida.

Son estas necrologías, más que trabajos literarios que se lanzan al público en loor de los hombres de quienes tratan, recuerdo cariñoso y elogio tributado en familia. No escribo la presente para divulgar por los mundos de la publicidad los timbres literarios del muerto, porque ya lo hizo la prensa periódica, y porque nada que no sea sabido de todos podría llevar al festín con que se solazan los que de la lectura de diarios y periódicos se nutren. La escribo para nosotros, á la manera que, cerca del hogar alumbrado por fuego que arde inextinguible, un individuo de la familia, en los días de las grandes solemnidades de la casa, ó en las noches en que el invierno lo entristece todo, recuerda al padre ó al hermano ausente, y no tiene para él sino palabras de alabanza; y la escribo con el temor de que no acertaré á decir cuanto en su elogio cabe, ni á bosquejar aquella figura, de atracción tan poderosa, que llamaba á sí á todos y á todos nos obligaba por la ley de las simpatías, hermosa ley escrita por Dios en los corazones de los hombres de buena

voluntad. Pero si no acierto ni á deciros sus méritos, ni á recordaros los rasgos de su carácter bellísimo, vosotros que, como yo, le tratásteis; vosotros que, como yo, le quisísteis, suplid mi insuficiencia, retocad el lienzo, avivad sus colores y dad al retrato el parecido que lo confunda con el original. Así también, y prosiguiendo en la imagen antes indicada, el que en torno del hogar refiere los méritos del que murió, al recordarlos poco á poco, vese interrumpido frecuentemente por las observaciones de cuantos le escuchan, los cuales con nuevos pormenores completan á maravilla el relato, que es así el elogio tributado al muerto, como fidelísima expresión del cariño que todos le profesan.

II

Nació D. Cárlos Jiménez-Placer en esta ciudad, cuna en todos los tiempos de varones ilustres en las ciencias, las letras y las artes, á dos días del mes de Febrero del año mil ochocientos treinta y tres, y fueron sus padres don Antonio y doña María, natural aquél de San Juan del Puerto, y ésta de la ciudad de la Habana. No le sonrió la dicha desde la cuna, pero sí le cubrieron honrados pañales. Al alborear su razón, vió que la senda que habría de recorrer no era aquella por donde transitan los favoritos de la fortuna, sino esta otra sembrada de malezas, por la que vamos, al hombro la carga abrumadora de los cuidados, los que sabemos de los caminos de la vida, más por los abrojos que punzan nuestras plantas que por las flores que recrean nuestros sentidos.

Aplicado al estudio, en Marzo de 1849 se graduó de bachiller en Filosofía en esta Universiead Literaria, plantel á la sazón de jóvenes que enaltecieron las aulas hispalenses, mereciendo honrosa calificación de hombres tan eminentes en las ciencias y las letras como D. Jorge Díez y D. Gonzalo del Águila, célebres humanistas; D. José Fernández-Espino, eximio literato y poeta; D. Fernando Santos de Castro, D. Francisco García Portillo, D. Miguel Colmeiro, D. Matías de Saavedra y D. Juan Campelo, decoro todos de la Escuela regida en aquel entonces

por el inolvidable Martín Villa, y en la que repercutía la voz augusta de maestros que, con los citados, labraban la inteligencia de la estudiosa juventud sevillana. Cursó á seguida en los años 1848 á 1859 los estudios de Jurisprudencia, y obtuvo en 1855 el grado de bachiller en esta Facultad.

«No obstante la brillantez con que aprobó todas las asignaturas—escribe uno de sus biógrafos (1),—no era el estudio del Derecho lo que más le contentaba, y si estudió dicha Facultad, puede decirse que fué, más que por amor que le tuviera, por complacer á los autores de sus días.» Cierto: Jiménez-Placer nació para el Arte y no para la Jurisprudencia. Sus gustos, sus inclinaciones, sus amistades, sus devociones todas, al Arte iban encaminados; y vésele desde muy niño cultivar el trato de pintores y poetas, y acudir, á las horas en que sus estudios le permitían grato vagar, al taller del artista, al liceo, á la redacción del periódico y al teatro, que fué el amor de sus amores. Vésele también entretener sus ocios departiendo de versos y comedias con el cáustico Narciso Campillo, con el ingenioso y eruditísimo Velázquez y Sánchez, con el melancólico Gustavo Adolfo Bécquer, con el dulcísimo José Benavides, con el impetuoso Adelardo López de Ayala y con toda la pléyade de jóvenes entusiastas que, al declinar del neo-romanticismo importado de la nación vecina, sin darse cuenta de su empresa rompieron los viejos moldes de la Escuela poética sevillana y proclamaron la libertad del Arte, aquí mismo, donde no se adivinaba otra poesía que la vaciada en aquellos moldes, caldeados aún por el fuego de la inspiración de Herrera y de Rioja; aquí mismo, donde resonaban las liras de Lista y de Reinoso.

Á par que cursó sus estudios en las aulas universitarias, en el periódico *El Regalo de Andalucía* y en *El Diario de Sevilla* esgrimió sus primeras armas de literato, fundando luego, en 1862, la revista *La España Literaria*, y luciendo en las columnas de todos los periódicos sevillanos las galas de su peregrino ingenio.

Mucha parte de su labor, y no por cierto la menos valiosa, hállase desperdigada por esas hojas efímeras que la curiosidad

(1) Cascales. *Sevilla Intelectual*. 1896.

lee con avidez durante veinticuatro horas, yendo á seguida, como las de los árboles en otoño, á morir olvidadas entre el polvo del camino, si no es que mano cuidadosa las reune y con cariño las conserva.

Para estudiar á Jiménez-Placer como hombre de letras es de necesidad, como para el estudio de no pocos ingenios, registrar esas hojas que, conservadas en los archivos y en las librerías de los bibliófilos, nos recuerdan el árbol frondoso de la literatura sevillana desde el promedio del siglo que alcanzamos. En periódicos, diarios y revistas, que á la sazón se escribían con más esmero que al presente, porque no se había impuesto al periodismo en todas sus fases el ansia de novedades que hoy acosa á los lectores, y para cuya satisfacción es forzoso ganar el tiempo que se pierde en releer lo escrito antes de darlo á las prensas; en periódicos, diarios y revistas, digo, Jiménez-Placer insertó artículos cortos cuanto galanos, á la manera de los que el ingenioso Selgas llamó *Hojas sueltas*; novelitas de asunto sencillo é interesante, como las que popularizaron el nombre de Pedro Antonio de Alarcón, antes de ser éste *testigo de la guerra de África*; críticas sazonadas de libros y comedias; estudios de escuelas pictóricas; juicios de muy afamados lienzos, y algunas composiciones poéticas, más llenas de intención dramática que de arrobos líricos. Examinando todos esos trabajos, en número verdaderamente considerable, puede el crítico apreciar las raras aptitudes de la inteligencia del autor, y aquel perfecto maridaje, que acusan todas sus obras, entre lo limpio y noble de su pensamiento, y lo vivo y lo pintoresco de su fantasía.

No, no es despreciable el periódico, para el estudio de la literatura sevillana: por el contrario, es un dato del que no se puede prescindir; porque él ha solicitado á las inteligencias tanto ó más que el libro, y á él han acudido todos, los maestros como los discípulos, no ya ganosos de notoriedad, sino por lo fácil de la publicación, que es el complemento, el término último de las obras del ingenio humano. Al periódico acudió entonces, como acude hoy, la juventud literaria, y en él encontramos la florescencia de los talentos juveniles. Sin el periódico, tal vez no nos deleitaríamos hoy con la lectura de las rimas incomparables y las leyendas melancólicas de Gustavo Adolfo

Bécquer, y al periódico hay que recurrir si se quiere devolver al mundo de la publicidad obras de escritores tan injustamente olvidados como José Velázquez y Sánchez y José Benavides, poeta delicadísimo éste, é ingenio satírico de primera magnitud aquél. Y cuenta que al hablar así de la importancia del periódico, no me concreto á apreciarla desde el punto de vista literario; porque merced á él también resucitaríamos la memoria de hombres de ciencia, que cultivaron así las físicas y exactas como las morales y filosóficas, y estudiaríamos agrupadas sus obras; y aun esos artículos, al parecer frívolos, que la prensa publica á diario y mueren al nacer, reunidos y coleccionados aportarían datos para el estudio de la literatura de un pueblo.

En el periódico nació Jiménez-Placer á la vida literaria, y, aunque otras aficiones le cautivaron, no dejó de acudir á él, si bien de tarde en tarde, en los últimos años de su vida. Os remito, Señores Académicos, á las publicaciones tituladas: *El Arte*, *El Hispalense*, *La Revista Artístico-Literaria*, *El Porvenir*, *La Ilustración Bética*, *El Español* y *La Andalucía*, de Sevilla, y *El Mundo Político*, entre otras, de Madrid, en todas las cuales encontraréis huellas de su inteligencia privilegiada. No sé yo si puso su pluma al servicio de alguna causa política: ni le oí decir que militase en esta ó en la otra bandería de las muchas que traen revuelto el Reino, ni sorprendí en él aficiones que, sentidas, se escapan á todo propósito de ocultación. Si, lo que yo no creo, de política escribió, sus escritos murieron envueltos en el sudario del anónimo.

III

Lo dije ya: el teatro fué el amor de sus amores, la pasión de su existencia.

Tal vez de todos los géneros literarios el dramático es el que en los actuales tiempos alcanza más desfavorables condiciones de vida. No es el drama la expresión artística de los sentimientos que mueven el alma del poeta, ni la desnuda representación por idéntico modo de cuanto aquél ve fuera de sí: es la síntesis más cumplida de lo que, dentro de un tecnicismo que tengo por muy propio, se denomina poesía subjetivo-objetiva.

Bajo de cierto respecto, la dramática ha de ser en una época vivo reflejo de la vida nacional. En períodos de análisis, cuando los problemas que interesan á la vida de los pueblos, á la de la familia y á la del individuo, son discutidos por todos, falta al poema dramático su condición *sine qua non*: la materia indiscutible, la resolución unánime del problema. Si convenimos en que el arte literario tiene su esfera propia y dentro de ese arte cada género ha de cumplir con su cometido, y en que hay en cada género especies que deben concretarse á reproducir matices del pensamiento, convendremos también en que el drama no puede tener por fin último demostrar una verdad mantenida por esta ó la otra escuela, y en que los procedimientos de la dramática difieren mucho de los de la ciencia. Recordad las mejores obras de los teatros antiguo y moderno. ¿En cuál veis que sean materia dramática las simples diferencias de escuela? No hablemos del teatro griego, continuación de la lírica y de la épica; ni tampoco del teatro romano, en el cual no se encuentra, al decir de Schlegel, sino traducciones libres y desaliñadas é imitaciones informes, sin que las Atelanas sean otra cosa que especie de diversión y pasatiempo para los nobles que enmedio de una civilización extranjera hallaban todavía placer en los recuerdos de la antigua nacionalidad y de la antigua alegría itálicas; vengamos á tiempos más cercanos de nosotros. ¿Fijáis la atención en el teatro de Shakespeare? Ante vuestros ojos surgirán las figuras de Romeo y Julieta, iluminadas por el fuego de su amor; y la de Otelo, ennegrecida por la sombra de sus celos; y la de Hamlet, enloquecido; y la de Ofelia, *cogiendo flores y cantando*. Frente al teatro de Calderón, ¿cuáles personajes os solicitan con más ahinco, después de Segismundo, que es el hombre, y de Pedro Crespo, que es la justicia sin las trabas de la ley? Pobre es el teatro cuando imita, y por eso son pobres el teatro romano y el teatro francés con sus tragedias clásicas: pobre, cuando discurre con la fría razón del crítico; cuando analiza como el naturalista: pobre, cuando en él vemos, no el reflejo de la vida nacional, no lo que siempre flota sobre las aguas revueltas de todos los tiempos, el corazón humano, sino el sentir particular de un autor, arrastrado por corrientes de las muchas que afluyen al mar del pensamiento.

Empero no somos los españoles los que más nos lamentamos de la decadencia del teatro. Vuelvo los ojos á los años pasados de este siglo, y veo que, al calor del neo-romanticismo francés, que entre sus muchos defectos tuvo el mérito de haber reanimado la dramática que languidecía, vuelven á resonar en nuestra escena los acentos de la inspiración, después de los engendros sandios de Comella y sus secuaces. Años antes, Moratín había echado los cimientos de la comedia de costumbres, más exacta y fiel reproducción de la vida en España que lo fueron las antiguas de capa y espada. Gil de Zárate, el Duque de Rivas, Rubí, Zorrilla, García Gutiérrez y Tamayo, entre otros, ya desenterrando las gloriosas figuras de Rui-Díaz de Vivar, Guzmán el Bueno, Pedro I de Castilla, Colón é Isabel la Católica; ya personificando en héroes legendarios algo de lo que realzó siempre el carácter del pueblo español; ya compendiando en tipos imaginados las luchas de un corazón generoso con las prácticas y las conveniencias sociales, logran que el aplauso atronador resuene por los ámbitos del teatro, y que el público acuda á las representaciones y se extasíe con la reproducción artística de los hechos pasados y con la lucha de las pasiones que en todo corazón se revuelven. La comedia, que tenía en nuestra escena honrosos pero humildes antecedentes, da señales de vida, y la sátira ensancha sus dominios. El público no se interesa sólo por la suerte del hijo del héroe de Tarifa, ni sólo llora ante el cadáver del Rey Justiciero, ni sólo se admira del marino genovés, ni sólo ensalza á la Reina Católica. No suspenden la atención del espectador sólo los hechos que el tiempo agiganta merced á esa óptica, contraria á todas las leyes de la naturaleza, que agranda los hechos remotos y achica los presentes: el público goza y se recrea también con la contemplación de los cuadros de la vida social. No es necesario simbolizar los celos en *El moro de Venecia*, que por celos mata: el celoso de *La bola de nieve* es el celoso que vive y alienta á nuestro alrededor, el que vemos todos los días y á quien compadecemos. No es preciso cifrar la sed de oro, la fiebre de los negocios, en avaros como el de Moliére: *El tanto por ciento* nos muestra la repugnante llaga que corroe el cuerpo social; y gracias á un poderoso ingenio, Bretón de los Herreros, lo cómico solicita su puesto en el teatro. y esta propensión

del espíritu completa el cuadro de la vida reflejado en el poema escénico.

Jiménez-Placer asistió en el renacimiento de nuestro teatro. Presenció la representación de los incomparables dramas históricos de Hartzenbusch y García Gutiérrez; de las poéticas leyendas de Zorrilla; de las comedias apacibles de Luís de Eguílaz; de las de capa y espada de Eulogio Florentino Sanz. Se admiró de la sobriedad clásica de las obras de Tamayo y Baus; se solazó con la *vis* cómica de Bretón de los Herreros y Narciso Serra; siguió paso á paso la vida del dramático López de Ayala, y tuvo grande amistad con los actores que contribuyeron al esplendor de nuestra escena, las inolvidables Matilde Díez y Teodora Lamadrid, y los célebres Mate, Cárlos la Torre, Romea, Valero, Delgado, Tamayo, Vico y Calvo. Viviendo la vida del teatro, muy joven dió á luz su primer drama, *El último suspiro.* «Es mi primer ensayo de este género», escribió, dedicándolo á la amante y amada compañera de su vida. Fué estrenado en el teatro de San Fernando, de esta ciudad, la noche del 16 de Febrero de 1857, á beneficio del actor don Manuel García Muñoz, quien, dirigiéndose al público, dijo en el programa de la fiesta teatral: «¡Feliz yo si en esta noche alcanza el joven poeta un lauro que le conduzca á un porvenir de gloria!»

Continuará.

PRÓLOGO

Á UNA CARTA DIRIGIDA EN 1665 Á MONSIEUR D. L. M., DESCRIBIENDO LAS FIESTAS DE TOROS.

Bien sé yo que los escritores que han puesto prólogos á libros y folletos han dicho de muy varias maneras que los tales prólogos no eran necesarios las más veces, y que poco ó nada había que decir en ellos, aduciendo cuerdas razones, y de gran peso, en apoyo de su parecer, del que, sin embargo, se separaban, ya cediendo á súplicas de la amistad, ó á compromisos de que no habían podido evadirse.

No puedo en manera alguna—y con perjuicio para mí—decir en esta ocasión algo semejante á lo que otros dijeron, pues el presente trabajo necesita ciertamente de algo así como prólogo ó *pórtico* (que ahora escriben algunos), cuyo conocimiento no será inútil al lector para ponerle al cabo de ciertos detalles y menudencias que, de seguro, no está en la obligación de conocer. Pero sí puedo escribir que no soy el más apropósito para trazar estas líneas, y que harto descontento de ellas y arrepentido de su elección ha de quedar el distinguido amigo que tuvo á bien confiármelas.

Trátase de dar á conocer una curiosa é interesante descripción de nuestras antiguas fiestas de toros, tal como se celebraban en la Corte durante el siglo XVII, y hecha entonces por un diplomático francés que residió no poco tiempo en Madrid, y que, por su cargo y posición social, ha de afirmarse que era persona ilustrada y de no vulgares conocimientos, si bien puede suponerse, sin que haya temor de mentir, que participaba de los errores y equivocados conceptos que acerca de nuestras cosas han tenido y tienenlos extranjeros, singularmente los vecinos de allende el Pirineo, que parecían ser los menos expuestos á

errar, dada la proximidad de las dos naciones y el contacto que entre ellas ha existido siempre, en paz ó en guerra.

Á cierta disculpa son acreedores, sin embargo, los extranjeros que en pasados siglos trataron de España con ignorancia de lo que España era, pues ni la ilustración podía tener entonces la amplitud y desarrollo que después ha adquirido en los pueblos, ni los conocimientos generales de diversos ramos del saber estaban al alcance facilísimo de cualquiera, como hoy se encuentran. Por esto último, es verdaderamente deplorable que en el día sigan la mayor parte de los franceses disparatando con singular desahogo, casi siempre que acerca de nuestro pueblo hablan ó escriben.

Las corridas de toros, por su carácter especial y genuíno, les han ofrecido ancho campo para asentar inexactitudes y fantasías á sus anchas, siendo de notar que los que las han presenciado han dicho de toros y toreros más ridículas mentiras que aquellos que sólo tenían del espectáculo noticias desfiguradas.

Aunque no parezca posible, es real y cierto que Dumas y Gautier han fantaseado más en nuestros días sobre la fiesta de toros, que en el siglo XVII el autor, por ejemplo, de la descripción minuciosa y prolija que en este folleto se da á conocer; y por esto hay que suponer que los dos citados literatos, al igual de otros sus paisanos y contemporáneos, obraron con escasa buena fe, y deseando, más que otra cosa, ponernos en ridículo, sencillamente.

Fué hecha la descripción de las fiestas de toros de que voy á tratar, en 1665, á manera de carta dirigida desde la Villa y Corte á un Mr. D. L. M.. siendo impresa por vez primera en París años después, en 1670, y formando parte de un volumen cuya descripción bibliográfica es como sigue, según el ejemplar que tengo á la vista:

—*Memoires curieux envoyez de Madrid. Sur les Festes ou Combats de Taureaux.—Sur le Serment de fidelité qu' on preste solemnellement aux successeurs de la Couronne d' Espagne.—Sur le Mariage des Infantes.—Sur les proverbes, les Mœurs, les Maximes, & le Genie de la Nation Espagnolle.*—A París.—Chez Frederic Leonard, Imprimeur ordin. du Roy, rue Saint Jacques, á l' Escu de Venise.—M.DC.LXX: Avec Privilege de sa Majesté.

Volumen en 12.°; 137 páginas, inclusas cinco preliminares, dos hojas sin enumerar y una en blanco. Contiene: *Portada* (vuelta en blanco).—*Le libraire au lecteur*.—Texto, que comprende cinco cartas dirigidas á Mr. D. L. D.—*Privilege du Roy*, dado en Saint Germain en Laye á 23 de Mayo de 1670.—Nota final: *Acheve d' imprimer pour la premiere fois le 5 de May*. 1670.—Hoja en blanco.

El libro, como se ve, es anónimo, y hasta ahora no me ha sido posible conocer el verdadero nombre del autor, del que sólo he podido averiguar de cierto que fué Secretario de la Embajada francesa durante el tiempo en que representó en España al *Rey Cristianísimo* el Arzobispo de Ambrún (1), Jorge Dubusen, Comendador de la orden de Sancti Espíritu, del Consejo del Monarca, y personaje de no pocas luces y alto concepto en la fastuosa y espléndida corte de Luís XIV.

He de hacer notar que en la advertencia que aparece al frente de la obra se dice que el nombre del autor se oculta, pues aquellas cartas sólo se habían impreso para repartirlas á las personas que habíansolicitado copias manuscritas, y porque, á la verdad, las tales cartas se habían trazado únicamente como pasatiempo y para complacencia de los amigos. Lo cual hace suponer que del libro debió hacerse una tirada poco numerosa, cuyos ejemplares alcanzarían escasa circulación fuera de los centros para que estaban destinados.

Puede por esto hacerse cargo el lector de que si en París y en el tiempo de su publicación el libro no fué común, su rareza es hoy, y fuera de Francia, extremada; motivo que, en unión de la curiosidad histórica que ofrece el texto de la carta en que se describen las fiestas de toros, ha movido al Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros á publicar generosamente este folleto.

Por primera vez se traduce ahora al castellano un capítulo de la producción del diplomático extranjero, y, sin necesidad de que yo lo haga notar, verán al punto los lectores que la traducción, hecha por mi buen amigo D. Francisco Ovín, es ciertamente correcta y esmerada, habiendo procurado su autor, con

(1) Véase el libro del doctor Pedro Rodríguez de Monforte, *Descripción de las honras que se hicieron á D. Felipe IV... en el Real Convento de la Encarnación*, etc.—Madrid: por Francisco Nieto, 1666.—En 4.° mayor.

feliz acierto, conservar en ella, en todo lo posible, el sabor del original y el estilo peculiar de la época en que se escribió.

Ya antes de ahora otro amigo mío, el ilustradísimo escritor D, Luís Carmena, citó (1) las *Memoires curieux envoyez de Madrid* y reprodujo la de la carta de las fiestas de toros; pero en la lengua en que fué escrita, y haciendo notar su «gran interés histórico y extremada rareza.»

Tres únicos ejemplares sé que existan en España del libro enque me ocupo: el que posee el Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros, que ha servido para su traducción á D. Francisco Ovín, el que guarda el Sr. Duque de T'Serclaes, y el que fué propiedad del ilustre compositor D. Francisco Asenjo Barbieri, por el que Carmena dió la noticia que aparece en su *Bibliografía de la Tauromaquia*.

Ocupa la carta en que se trata de las fiestas de toros desde la página 7 á la 47, y lleva el título de la materia conforme lo he copiado en la papeleta bibliográfica que va más arriba.

Está la carta fechada en Madrid, á 8 de julio de 1665, y el autor, haciéndose cargo de que para formarse la persona á quien iba dirigida exacta cuenta del espectáculo tendría que ser prolijo en la descripción, lo advierte y hace observar que sólo va á tratar de las corridas ordinarias, pues de las extraordinarias ó de *Fiestas Reales* nada puede decir, en razón á que hasta entonces ninguna había presenciado.

Ocúpase luego de la Plaza Mayor, elogiando su arquitectura y el adorno de ricos tapices y telas con que la aderezaban para las fiestas, deteniéndose en señalar los lugares que ocupaban los Reyes, los Embajadores, «que tenían asiento en la Real Capilla» (2), los Consejos, la nobleza y personas de distinción, y el pueblo, admirando el lujo que desplegaban las damas de la

---

(1) *Bibliografía de la Tauromaquia*.—Madrid, año de 1883. — Vol. en 4.°

En el *Mercurio de Francia*, tengo noticia de que antes se había publicado la relación de la fiesta de toros, dirigida á Mr. D. L. M.; pero no he podido comprobar este dato, ignorando por esto si al mismo tiempo se reprodujeron tambien las otras cartas del diplomático de Luis XIV.

(2) Eran éstos, el Nuncio, el de Polonia, el del emperador Leopoldo, el de Francia y el de Venecia.

corte y las familias principales, el gran número de carrozas que se presentaban en la arena arrastradas por caballos y mulas, y las lucidas comparsas de pajes, lacayos y servidores que las acompañaban; sin olvidarse de mencionar que aumentaban el colorido y esplendor del cuadro «los Embajadores, que solían pasear por la plaza seguidos de su séquito» (1). Con verdadera prolijidad describe la entrada de los Reyes, que seguramente debía ofrecer buen golpe de vista, dado que éstos se presentaban rodeados y seguidos de guardias tudescos y españoles, de guardias de corps, grandes de España, *meninos y meninas*, galanes de éstas, guarda-damas y personal de palacio, ataviados todos con el mayor lujo y riqueza, como correspondía á sus cargos. Por no olvidar detalle, se cuida el francés de puntualizar hasta el riego de la plaza y la forma del despejo, describiendo luego los chiqueros y la salida del toro.

Desde luego ocupa preferente lugar en tratar de los *caballeros toreadores*, cuyo traje, según dice, era «negro, con capa y espada ancha y corta, y una daga, varias plumas de color en el sombrero, una especie de botines blancos, y acicates ó espuelas doradas á la morisca, que no tienen sino una punta»; haciendo mención de los rejones, del arreo de los caballos y de ciertas reglas que debían observar durante la lidia.

De los tales caballeros toreadores es graciosa la observación del autor francés, que como nota de gran sabor de la época, no quiero dejar de llamar sobre ella la atención del lector.

«Dicen—escribe el francés—que no es raro encontrar entre los caballeros toreadores galanes que corren tal riesgo sólo para ponerse en buen lugar con sus damas, ó para más agradarlas; pero hoy esta generosidad es menos frecuente que otras veces, siendo escasos los galanes que se encuentran de tal condición y enamoramiento: aseguran por acá que los modernos amadores han encontrado más tierno y útil conservarse para sus damas, ó demostrar su constancia en vencer largas y enojosas dificultades, que arriesgarse así exponiendo sus vidas tan sin provecho.»

---

(1) El buen diplomático añade con cándido orgullo: "... Se distingue entre todo el cortejo el señor Embajador de Francia, ya por más hábil y diestro, ya por ser el único que está vestido á la francesa."

Prolijamente relata el diplomático la manera de quebrar rejones, con lo cual demuestra que había puesto en la suerte gran atención, y que á más tenía en cuenta para escribir las reglas que había oído explicar á los inteligentes en tan lucido ejercicio.

Una de las cosas que llaman su atención son las muestras con que manifestaba el público su complacencia cuando el *caballero toreador* ejecutaba con lucimiento las suertes, y en particular el agitar de los pañuelos, «lo cual en este país—dice—es prueba de amistad, estimación y cariño.»

El taurófilo inteligente puede recoger más adelante varios datos acerca del toreo de capa y de la manera de dar muerte á las reses; y no hay duda que al origen de las banderillas se refiere cuando apunta «que la gente de á pie esquiva la furiosa acometida (del toro), y los más ágiles y diestros en la carrera les *clavan pequeños dardos* á fin de irritarle más.»

El buen secretario de embajada, que tanto interés parece había demostrado por los lances de la lidia, dice de pronto que los perros que echaban á la fiera «son para su gusto lo mejor de la fiesta», pareciéndole aquella lucha cruel y repugnante, que ha durado hasta nuestros días y que, al fin, ha sido desterrada, de «no poca diversión y entretenimiento.»

No podía por menos, siendo extranjero el autor, que tratar de echar su cuarto á espadas y dar su parecer sobre la fiesta, parecer del que el lector podrá juzgar por el texto; y hablando luego de la afición de los españoles á las corridas de toros, dice «que cuantas veces las hacen acuden presurosos á ellas, aunque cien veces las hayan visto, como si fuese espectáculo nuevo y desconocido, abandonando de buen grado sus ordinarios quehaceres; y puede asegurarse sin pecar de exagerado que no hay fiesta en el calendario que sea tan observada como ésta»; y añade más adelante que «no hay en España villa ó aldea donde no se verifiquen corridas de toros, y aun de vacas, muchas veces al año.» Palabras que, lo mismo que se dijeron en tiempos del *Rey-poeta*, se han repetido mil veces y se dicen hoy.

El gran desarrollo que en aquel siglo tenía la afición taurina ya se ve, por lo copiado, que no era desconocido para los franceses, y así lo habían escrito otros autores de la vecina na-

ción anteriormente, entre los que citaré, por la exactitud del aserto, las palabras del *Voyage en Espagne curieuse, historique et politique* (1655), el cual se expresa de este modo: «En todas las ciudades de España son tan corrientes y aceptadas estas fiestas (las de toros), que por San Juan en toda aldea se verifican con gran contento de sus moradores; tanto estiman los españoles tal diversión, que á ofensa nacional tomarían el que se la desprecie, y sostienen que su Rey es el más poderoso y noble del universo, á condición de que respete y admita tal divertimiento» (1).

Volviendo, antes de terminar, á nuestro diplomático, y al final de su carta, trata en ella, por último, de los orígenes del espectáculo, y después de enumerar los distintos pareceres que había oído, se decide el hombre muy formal por que la lidia de reses fué importada á la Península por los sarracenos y añade que «la afirmación española de que ellos son los inventores del toreo más es jactancia que otra cosa.»

Paréceme, al llegar aquí, que me he excedido en las proporciones de este prólogo, que, si bien era necesario, no lo requería tan dilatado: figurándome que con lo dicho habré despertado algo la curiosidad del lector aficionado á estas menudencias, que á vecas son de gran utilidad para el conocimiento de la historia.

Plácemes tendrán seguramente, por su traducción D. Francisco Ovín, y por su bizarría el marqués de Jerez de los Caballeros, y yo me daré por satisfecho con que á las personas ilustradas y de buen gusto en cuyas manos caiga el presente folleto, no les parezca que este prólogo es impertinente, y que dista bastante de llenar el objeto que me movió á escribirlo.

MANUEL CHAVES.

2 septiempre 1899.

---

(1) *Voyage en Espagne, curieuse, historique et politique fait l' annee 1655.*—Paris, 1666.— Vol en 8,° menor (anónimo).—Capítulo XVII, página 126.

Los anticuarios en Roma y Sevilla

I

Desde antiguo vienen pretendiendo notables escritores españoles, patentizar y dar relieve á las líneas especiales de la figura de los coleccionistas de antigüedades, aun cuando no se haya llegado á publicar una *Fisiología del curioso*, ni haya servido la arqueología de base para una novela como *El Anticuario* de Walter Scott.

Véanse, en prueba de aquel aserto, el *Semanario Pintoresco Español*, 1847.—*Los Españoles pintados por sí mismos*, 1843.—*Los Españoles de ogaño*, 1882, los versos de Luis de Belmonte, Bretón de los Herreros y Manuel del Palacio, y los artículos del conde de Esteban Callantes, publicados en *El Liberal*.

Ultimamente, hasta el insigne Echegaray supo hallar en las manías de un coleccionista, la clave de una de sus mejores obras, y el general Nogués les ha dedicado un volúmen, en octavo, con el título de *Ropavejeros, anticuarios y coleccionistas*.

En Francia han sido muchos los que han tratado del asunto y lo mismo Bonnaffé, (1) que Eudel, (2) Thibaudeau (3) que Blanc, (4) y Maze Sencier (5) que Clement de Ris, (6) y Davillier, (7) pretenden describir el tipo del aficionado á antiguallas, haciendo resaltar su peculiar caracter.

(1) *Les amateurs de l'ancienne France;* París-1882.
(2) *Le Truquage.*
(3) *Le Tresor de la Curiosité;* París-1857-1858.
(4) *Les Artistes de mon temps;* París-1876.
(5) *Le livre des collectioneurs*; París.
(6) *Les amateurs d' autrefois;* París-1877.
(7) *L' amateur;* Comédie par N. T. Barlhe-1764-París-1870.
L'Anticuaire; Comédie-1751-París-1870.

No hace muchos años se los designaba con el nombre de *curiosos*, y La Bruyére decía que la curiosidad no era el gusto por lo bueno ó lo bello, sino simplemente por lo raro, por tener cosas que otros no pueden conseguir

A causa de esto, en algunos ánimos estrechos adquiere á veces, la fuerza de una verdadera pasión y despreciando el placer que proporciona á toda persona inteligente, la contemplación de una reliquia artística, se convierte en perturbación mental, movidos por la cual ciertos coleccionistas, repelen. hasta con indignación, cuanto no pertenece á la escuela, época ó estilo á que concretan sus aspiraciones.

No es así, seguramente, el verdadero aficionado. Aún cuando se limite á reunir objetos correspondientes á una sección ó período determinado de las bellas artes, no puede menos de estimar cuanto atrae las miradas por la pureza de la línea, como cuanto eleva el espíritu á causa de la sublimidad de la concepción, ó maravilla la inteligencia, por la perfección del trabajo.

El aficionado inteligente no es aquel anticuario de brocha gorda, mercachifle de la historia, dice el erudito don Cayetano Fernandez, cuyo placer estriba sólo en que se le admire como entendido y poseedor de cosas raras y peregrinas, las cuales compra y vende á precios exorbitantes, sino que figura entre los que «ayudados de su mucha erudición y de la presencia de sus idolatrados objetos, rompen con el tiempo y el espacio, y van á colocarse en medio de sociedades y civilizaciones remotas; las saludan con veneración, aspiran su aroma y hasta conversan con generaciones pulverizadas ya por los siglos.»

Existen, sin embargo, algunos que forman colecciones, por impulsos de vanidad, y no son peritos ni tratan de serlo.

Hubo un tiempo en que todo personaje, recientemente enriquecido, al construir su espléndida mansión, ordenaba se pusiese en ella una gran biblioteca. Como el cuidado quedaba á cargo del tapicero ó mueblista, éste hacía los huecos acomodados al tamaño de las encuadernaciones y aumentaba los volúmenes á medida que el espacio lo exigía, resultando así obras que, á primera vista, ocasionaban la admiración de los bibliógrafos, al ver ediciones compuestas de mayor número de tomos que los que ellos conocían.

Años atrás ocurrió algo parecido con las salas de armas de los castillos feudales, cuando era lujo tener arneses de gala y gran copia de piezas de armería para los vasallos que habían de acompañar á los señores en sus expediciones, siempre que la tierra se levantaba en armas.

Después, los quebrantos de la guerra, el excesivo gasto que ocasionaba la franca hospitalidad á todos concedida, la escasa atención prestada á la propia hacienda, las devastaciones frecuentes ocasionadas por gentes maleantes dadas á tomar cuanto encontraban á su paso, solían ocasionar considerable merma en las rentas y estados de la Nobleza, disminuyendo, por lo tanto, el contingente de vasallos que habían de presentar á la Corona, y, sin embargo, las armerías continuaban como en los tiempos de mayor esplendor, y aquellas colecciones recibían incesante aumento, y se estendían, cubriendo los amplios muros de los castillos señoriales, con vistosos y variados trofeos.

No faltan tampoco, como dejo indicado, algunos curiosos que cifran su empeño en adquirir lo que es solamente raro, prescindiendo del arte y fijándose en detalles fútiles ó particularidades sin importancia.

Estos casos aislados han servido para hacer la caricatura del anticuario, redactada por hábiles plumas, entre las que descuella la de la Bruyére, con su famoso retrato del abate de Marolles.

Hay también otros aficionados presuntuosos, que dan á cada paso su opinión, siguiendo cierta tendencia que se advierte entre los que pasan por eruditos: la de emplear, constantemente, un aire magistral y decisivo, que impone al vulgo.

Desde los que concurren á los estudios de los pintores y se creen obligados á hacer indicaciones, casi siempre desacertadas, dando consejos que nadie les pide, hasta los que, en presencia de algún resto de arte antiguo, analizan, disertan y fallan con tono dogmático, en todos ellos se observa aquella manera especial, que nace de la equivocada creencia de que el que tiene que enseñar, calificar ó juzgar, debe considerarse revestido de una autoridad indiscutible.

¡Como si en estos tiempos de libre exámen se contentase nadie con el aspecto exterior de las gentes y las cosas!

«Nuestros artistas—exclama Diderot—se ven asediados por una polilla presuntuosa que se llama los aficionados y daña mucho á sus trabajos.»

«Estos aficionados—añade Sulzer—son almas frías, á las cuales las artes son muy indiferentes en el fondo, aunque algunas veces parecen interesarles; entusiastas fuera de tono, la mayor parte cómicos de sentimiento, charlatanes difusos y vagos, llenos de amor propio, que sostienen las opiniones que han adoptado por casualidad, ó tomándolas de otros; hombres, en fin, que hablan sobre las reputaciones y las aptitudes y se adjudican el derecho de juzgar sin apelación.»

Aficionados serios y verdaderamente entendidos, han existido en todas las épocas del arte.

Los griegos formaron pocas colecciones particulares, porque sus estátuas y pinturas, colocadas en los lugares más públicos; despertaban el amor á la corrección de la línea y obtenían la purificación del gusto, siendo allí el arte un fruto del suelo que no necesitaba mayor auxilio.

El Altis, frondoso bosque consagrado á Júpiter, se hallaba adornado con profusión de estátuas de atletas, cuadrigas briosas de mármol y bronce, obtenidas en premio por los vencedores de los juegos olímpicos, y dadas en ofrenda á Jove.

El Liceo, el Parthenon, el Areópago, llegaron á ser verdaderos museos que guardaban piedras grabadas, bustos de filósofos célebres, estátuas y cuadros de maestros.

El arte había llegado á tal altura, la perfección obtenida de la acertada combinación del estudio del natural, con la aplicación de las leyes del gusto más depurado, producía obras tan exquisitas, que se comprende fácilmente que no fueran muchos los que pensaran en formar colecciones, abundando, tan solo, los bibliófilos (1). El que á su arbitrio contempla las más deliciosas creaciones del genio de los maestros, no puede quedar satisfecho con la posesión de un objeto de limitado valor artístico.

---

(1) Bonnafé. *Causeries sur l' Art et la Curiosité)* Paris 1878.

II.

En Roma recorrió la afición á las antigüedades, especiales trámites.

Les faltaba el genio creador de los griegos, como observa M. Ampére; pero, en cambio, tenía el romano el sentimiento de lo bello y de lo grande, y con el sistema utilitario y práctico que caracteriza á sus instituciones, como explica sus guerras y define sus conquistas, se limitó á despojar los pueblos invadidos, arrebatando sus tesoros y llevando á Roma, no solo los productos del arte, sino hasta los mismos maestros sus creadores.

Este expedito procedimiento, erigido en sistema constante, hubo de originar, sin dúda, el comienzo de las colecciones.

Los generales, los pretores y los gobernadores, empezaban por apoderarse de cuanto encontraban digno, á su parecer, de ser enviado á Roma. En los primeros tiempos lo mandaban todo, y después ya se quedaban con algo: conducta que ha tenido imitadores en todas las naciones y épocas.

La profusión de pinturas, mosáicos, estátuas y restos de preciosa cerámica encontrados en Pompeya, prueban, suficientemente, cuan apreciadas fueron las artes durante el apogeo de la civilización romana, cuando el austero Agrippa no titubeaba en pagar por dos cuadros, una cantidad equivalente á 228,437 pesetas.

Entonces volvió á verse lo sucedido en Grecia y que había de repetirse en las naciones civilizadas.

Los templos y edificios públicos se convirtieron en riquísimos museos, adornados con estátuas compradas por César, Augusto y Tiberio, adquiriendo el pueblo-rey los timbres necesarios para justificar este dictado en todas las esferas, y convirtiéndose Roma en un verdadero pueblo de estátuas.

Vencedor de los Etolios, Marco Fulvio hizo figurar en su triunfo, 287 estátuas de bronce y 230 de mármol.

Nerón hizo llevar de Delfos á Roma 500 estátuas de bronce.

En las ruinas de la villa de Adriano, dice Winkelman, se

están extrayendo, hace 250 años, estátuas. para todos los gabinetes de Europa y todavia queda mucho que descubrir.

¿Y qué tiene esto de extraño si Rodas llegó á contar hasta 30.000? Por cierto que hay quien cuenta que Demetrio Poliorcetes, levantó el sitio de aquella Ciudad, para no inquietar al pintor Protogene, que trabajaba en el único sitio por donde se podia dar el asalto.

Rápido fué el paso que en el estudio de las Bellas Artes, sullevar el pueblo romano.

A pesar de Cicerón, que consideraba los objetos de arte como simples bagatelas y juguetes, útiles tan solo para entretener á los niños, y Veleyo Patérculo, que entendía hubiera sido más honroso para Roma ignorar las artes que conocerlas; y Valerio Máximo, que calificaba la Pintura de profesión baja, mostrándose admirado de que un Fabio se atreviese á firmar sus cuadros, y Séneca, que creía indignas de figurar entre las artes liberales la Pintura y la Escultura, y Petronio y otros escritores, que las trataban con el mayor desprecio, pronto se verificó una completa reacción, y después de adornar los templos y pórticos públicos, no hubo romano poderoso que no aspirase á tener, en su casa, ricos museos.

Es verdad que algunos de aquellos severos censores habían cambiado de parecer, hasta el punto de que el violento Cicerón se declaraba bibliófilo empedernido, y al organizar su biblioteca, encargaba á Atico, que no cediese ninguno de sus libros por muy alto precio que le ofrecieran, y al mismo tiempo compraba cuadros y estátuas en Atenas, aprovechando la miseria que se enseñoreaba en aquella región, después del saqueo de Sila.

De todos los coleccionistas romanos, el más notable fué Verres.

Pretor, en Sicilia, la hizo teatro de sus expoliaciones sin abstenerse de emplear inconcebibles violencias.

Cuando llegaba á una Ciudad, obligaba á que le presentasen los objetos de arte más importantes, guardándolos buenamente, como en uso de un derecho perfecto. Si asistía á algún espléndido banquete y le agradaba la vagilla, la hacía recoger por sus criados, lo mismo que si siempre le hubiera pertenecido. Llegó hasta el extremo de examinar las sortijas que llevaban

los caballeros, según tradicional costumbre, y cuando hallaba en ellas piedras bien labradas, no las devolvia á sus dueños.

Así se explican y justifican los fogosos ataques de Cicerón, que, en una de sus oraciones contra aquel pretor, decía con su natural elocuencia:

«Niego que en toda la Sicilia, en esa provincia tan rica, tan antigua, entre tantas ciudades y familias opulentas, exista un solo vaso de plata, un solo bronce de Corinto ó Delos, una sola piedra preciosa, una sola obra en oro ó marfil, una sola estátua de bronce ó mármol; niego que exista una sola pintura, una sola tapicería que Verres no haya buscado, no haya examinado, y cuando el objeto le ha convenido, no se haya quedado con él.»

Con este sencillísimo sistema, aplicado con asiduidad, es facil comprender la extensión é importancia que llegarían á alcanzar sus colecciones. El estudio de los bronces, cuadros, estátuas de marfil, candelabros, piedras grabadas, alhajas y plata, que las componían, ha sido hecho por distinguidos escritores, con datos tomados de los discursos de Cicerón y otros antecedentes igualmente autorizados.

Mas, aparte de todas las concusiones y desmanes que aquella maravillosa junta de objetos de arte, sin igual en el mundo, representaba, hay que reconocer en Verres un fondo de verdadero amor al arte, intenso al punto de que, llegando al grado de avasalladora pasión, le hacía perder el conocimiento y explica, en cierto modo, su carencia de escrúpulos para adquiqir cuanto apetecía.

Muchos lances de su vida lo acreditan. El día mismo de su proceso, en el momento en que el más temible orador de su tiempo, iba á conseguir se le condenase á la restitución de la enorme suma de cien millones de sestercios, veinte de pesetas, próximamente, olvidado de su grave responsabilidad, se entretenía en casa de su amigo Sisenna, examinando algunas raras piezas de platería, después de haber pasado largo rato en el taller que instaló en Siracusa, donde dirigía el trabajo de los más eminentes cinceladores italianos, allí, por su cuidado, reunidos.

La manera de sentir y proceder del afamado pretor, recuerda los consejos que un veterano y conocido bibliófilo daba

á un aficionado novel: «Cuando se desea un libro—decía gravemente—lo primero es averiguar quien le tiene y enseguida procurar conseguir del dueño que le ceda, empleando, al principio, el halago y la lisonja, después, el engaño y la amenaza y, por último, si fuese absolutamente preciso, el veneno y el puñal!!»

Verres, que había huido de Roma, por consejos de su defensor Hortensio, no pudo estar mucho tiempo apartado de su colección, y volvió, con nuevo afán, á disfrutarla. La muerte vino, en cierto modo, á redimir sus culpas, á los ojos de los fanáticos, pues por no ceder varios bronces de Corinto al triunviro Antonio, coleccionista poco escrupuloso, vió su nombre incluido en las listas de proscripción, y pagó, con la vida, su amor al arte.

ENRIQUE DE LEGUINA.

Concluirá.

Imp. del Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, Monsalves, 17.

ANUNCIOS

Disponible

Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras

Se publica una vez al mes, en cuadernos que constituyen anualmente un tomo.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

SEVILLA.	1 peseta	al mes.
PROVINCIAS.	3'75 »	trimestre
AMÉRICA.	15 »	año.
EXTRANJERO.	14 »	»

CONDICIONES DE LA SUBSCRIPCIÓN

1.ª El pago será adelantado, debiendo efectuarse en metálico, abonarés ó letras de fácil cobro.

2.ª Las reclamaciones de números extraviados sólo podrán atenderse si se hacen en un plazo que no exceda de dos meses después de la publicación de los mismos.

3.ª El Centro general de suscripción queda establecido en la librería de D. Fernando Fé. Madrid, Carrera de San Jerónimo; y en Sevilla, en la casa editorial.

4.ª Los anuncios serán revisados por la Academia y publicados después de su aprobación. El precio será de 0,25 de peseta línea é inserción.

EDITOR: D. Manuel Aznar. Monsalves 17. Sevilla.